

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

DON Pío -Baroja, naturalmente- decía que a él le daba mucha risa oír a un intelectual: "Yo soy un intelectual". Poetas situados fuera de toda duda en puestos cimeros del escalafón, por no decir Parnaso, inventan rodeos modestos para no autodefinirse. Y es rarísimo escuchar a un verdadero artista: "¡Yo soy un artista!" Me acuden estas reflexiones, miren por dónde, ante el aviso que periódicamente suele leerse en los diarios capitalinos anunciando esa simpática fiesta del "Cocidito madrileño". Son ágapes que organiza una Asociación, en homenaje a sucesivos protagonistas. Cabría rozar la sospecha de un tingladillo de bombos mutuos, pero más justo me parece inclinarse con agrado hacia una fraternidad de afectos recíprocos, lo que a nadie hace daño y en resumen favorece la convivencia. Que nunca sobra.

Pues bien, invariablemente se advierte en estas convocatorias que "podrán hacer uso de la palabra las personalidades que lo deseen".

Las personalidades. No las personas. Sin entrar en preocupaciones de diccionario, bastándonos como nos basta la palmaria distinción en el uso corriente, creo que debe ser algo petulante llegar a los postres de un cocido, seguramente regado con Noblejas o Valdepeñas, y admitir en el mero acto de levantarse: "Yo soy una personalidad".

EN un parecido orden de cosas me sale al encuentro un anuncio docente (catalán), bajo el llamativo epígrafe de "Colegio para superdotados". Y luego: "Cuota variable según dotación del alumno".

¡Qué momento para un padre de familia!, responder a la ritual pregunta sobre los estudios del vástago:

-Pues mire usted: el mío, al colegio de superdotados

Y a lo mejor, pagando el abono máximo de la escala. O sea, como decir que el niño estudia para Einstein.

Claro que incluso los superdotados de hoy corren el riesgo de convertirse en los subnormales del mañana, si continúa in crescendo esa necesidad de acoplarnos, jadeantes, a las nuevas situaciones. En lo técnico, por ejemplo, se nos reta a asimilar constantemente las triquiñuelas de una última afeitadora, de la máquina eléctrica de escribir, y no digamos lo que pasa con las portezuelas de los coches de nuestros amigos, que en cada caso abren de una manera distinta. Las novelas, la música, la pintura y el arte en general son no ya una llamada a nuestra sensibilidad sino desafío a nuestra inteligencia. Y en la parcela de la información cotidiana, que debiera ser lo menos complicado del mundo, se nos proponen gravosos cuidados para desentrañar esas recientes figuras de dicción que son la bomba submarina y el tiro por elevación: o sea, leer algo sobre el rey don Rodrigo y descifrar que se alude a Fernando VII, y que este es un pretexto para referirse a Berenguer, y luego resulta que Berenguer...

LA tertulia de café, que ya es raro encontrar por esos mundos de Dios (o de quien sea), resiste, entre nosotros, las acometidas de lo que llamamos progreso. Yo aconsejo tener más de una. Lo mismo que hoy no conviene leer un único periódico nacional (pues ya hay antagonismos que casi recuerdan los de "El Heraldo" y "El Siglo Futuro"), dos o tres tertulias, alternas, proporcionan el más sano de los pluralismos. En "un céntrico establecimiento"- eufemismo tradicional para no hacer anuncios de balde-, se reúnen a la luz de una farola, roja (en el buen sentido), algunos poetas, pintores, músicos y gentes así; unos, ejercientes; otros, interesados en los temas del arte. Luego, si cuadra, que siempre cuadra, lo que se habla es de mujeres.

Al día siguiente, para cambiar de cenáculo, caemos por otro "conocido establecimiento" de la Plaza de la Inmaculada, donde se trata de lo humano y a veces de lo divino: en invierno, bien abrigados en una especie de nicho que la Dirección nos reserva; en verano, al fresco de la terraza por si sopla alguna brisa del Cantábrico.

Variación muy atrayente es la tertulia mañanera. Ir al café antes de comer es un refinamiento que recuerda ese otro de la siesta previa, deliciosa, que por algo llaman siesta del canónigo (y más burdamente, "del carnero"). Se ejercita con constancia en "un prestigioso establecimiento", cuyo nombre aporta aromas meridionales, andaluces. En el Zahara, ¡se me escapó!, escúchanse fantásticas narraciones mejores que las de Poe, sobre algunas escatologías, a veces de la medicina forense. Lo que darían Cunqueiro y Castroviejo.

Pero a veces se está bien por el borde de la ciudad y marchamos hasta el casino donde se sabe de corzos, de política nacional y extranjera, de robledales y acebales, de cirugía vascular, de poesía erótica, de cotos de pesca, de injertos, de capaduras y de enfiteusis. ¡De todo!

Y ecléctico hasta el final, hay días en que uno se acuerda del clásico latino, "Me bastan pocos; me basta uno; me basta ninguno". Entonces hago la tertulia conmigo mismo, y parece increíble: Hablando a solas también se aprenden algunas cosas.